

tos: que nada de lo que hay es obra del fortuito, y que sin degradarse, vela en la conservación de las cosas por pequeñas y despreciables que nos parezcan. Esta es la creencia de todos los siglos y la evidencia nos testifica esta verdad.

¡O providencia adorable! ¿quién, sino el obstinado impio podrá desconocerte? tu como un torrente caudaloso te inclinas sobre el universo, y derramas abundantemente tus dones; tu afirmas el orden establecido, y das al hombre lo necesario para conservarse, y poder conseguir el fin para que lo habeis criado: tu ya ostentas la misericordia llamando y perdonando al delinquente, que habia separadose de la justicia, y ya das á conocer la justicia castigando al que persiste inflexible en el crimen: tu haces ver la sabiduría en el bello orden de cosas, que admiramos en el universo, y la justa economía, que se percibe en el, nos hace esclamar; justo es, Señor, justo es, ó Dios altísimo cantar la gloria de vuestro nombre, anunciar por la mañana vuestra misericordia, y celebrar por la noche vuestra veracidad en las promesas. Publiquen las gentes vuestras misericordias, y las maravillas, con que os dignais favorecer á los hijos de los hombres. Los que estan acostumbrados á navegar y comerciar por las aguas inmensas de los mares, son testigos de los portentos asombrosos que obra allí vuestra diestra; vos mandais y al instante se levanta

la borrasca impetuosa y se embrabecen y en crespan las olas; los navegantes ya remontados en el bajel hasta el cielo, ya sumergidos hasta los abismos, se aterrorizan á vista de riesgo tan inminente; conturbados y vacilantes no encuentran auxilio en la pericia de su arte; pero clamando á vos los librais de tan inminente riesgo, cambiando la tempestad en un viento suave, y haceis que las olas enmudezcan. Si, providencia adorable, vos á los pueblos que os desconocen oprimes con un sin número de calamidades cubriendo de confusión á los que les gobiernan, y abandonándolos á la imprudencia que los estravia; mudais sus terrenos antes fertiles en tierra estéril, como la arena del mar, y secando las fuentes converttis en áridos desiertos las tierras, que antes bañaban. Mas cuando los hombres os buscan les llenais de felicidades, regais los paramos desiertos, y las campiñas secas; bendecis los sembrados y haceis que prosperen sus frutos; pero el deista necio no atiende á estas cosas y solo el sabio las medita, y publica vuestras misericordias.

CAPÍTULO VII.

Discurso sobre la espiritualidad, é inmortalidad del alma.

Que cosa sea el alma, es una cuestion que los libertinos se empeñan en confundir,

envolviéndola en las densas sombras de la incertidumbre. El falso razonador, que solo vive de la carne, y cuyas ideas mezquinas y rateras jamas se estienden mas allá de los sentidos, se vé muy embarazado para resolver esta cuestion, y como solo apetece la vida para saciar sus apetitos; esforzándose en sacudir todo yugo que le sujete, ha querido hacer á su alma de la misma naturaleza, que su cuerpo: y estableciendo el impío sistema del materialismo, hallándole muy conforme á sus bajos deseos se ha complacido con él, y colocádole, en el impuro templo de la razon corrompida.

Casi no se hallará en la filosofia un punto en que se hayan sembrado mas absurdos errores, que en el de la naturaleza del alma. En la enciclopedia, en el artículo alma se hallan copiadas todas las locuras de algunos filósofos griegos, que Ciceron refiere: y mas en el diccionario filosófico, en donde el autor llena la cuestion de sátiras y burlas chocantes, olvidandose de que esta tan delicada, é importante materia debe tocarse con juicio y seriedad, y afirma con un tono arrogante, que nada enseña la razon sobre la naturaleza del alma, y que las nociones que tenemos son tomadas únicamente de la fé.

Este lenguaje indigno de un racional se usa frecuentemente entre la turba de filósofos de nuestros tiempos, que olvidados de sí mismos, arrebatados del torrente de falsas opiniones, jamas meditan lo que son; antes por el

contrario, se fastidian de la nobleza de su espíritu, y buscando en la materia el principio de vida, que les anima, que piensa, juzga y ama, se empeñan en hacerle tan material, como los peñascos y los troncos. De aqui se sigue: que todos los deberes del hombre se reducen á la propia conservacion, á la que como dice un impío escritor (1) inclina la naturaleza con dos involuntarias y poderosas sensaciones, que como dos génios de guarda, ha puesto á todas sus acciones: la sensacion del dolor con la cual le avisa, y le aparta de todo cuanto le destruiría; y la sensacion del placer con la cual le llama y le inclina á todo cuanto le conserva y desenvuelve su existencia." ; Y qué se infiere de esto? que no hay mal y pecado en niagun placer, si este no destruye la salud y la vida, segun el mismo autor.

Reducida el alma del hombre á un ser material se desconoce la vida futura, pues con la descompaginacion del cuerpo se destruye tambien el principio, que le anima: asi como descompuesta la máquina de un relox, acaba su movimiento. He aqui porque el materialista solo teme la muerte en tanto que es la privacion de la vida; pero juzga, que despues de ella nada resta de mal, ni de bien; y reconoce como verdadero aquel dicho de un antiguo.

(1) Ruinas de Palmira. pag. 270.

Mori esse nolo: sed me esse mortuum nihil aestimo.

Es muy fácil hacer ver, que la razon no nos deja en tan densas tinieblas sobre la naturaleza del alma, como se dice por algunos impios, y nada es mas digno de menosprecio, que estas aserciones absurdas y estas dudas simuladas. Nosotros comenzaremos por establecer la verdad de la espiritualidad del alma; despues su inmortalidad; y últimamente la eternidad de los premios y castigos.

Antes de entrar en materia sentaremos dos principios tan claros y evidentes, que ninguno que tenga sentido comun pueda dudar de ellos.

1.º El hombre piensa; bajo este nombre de pensamiento comprendemos todo conocimiento, juicio, raciocinio, combinacion, examen y demas operaciones de esta clase, que observamos en el hombre.

2.º El pensamiento no solo se estiende á las cosas materiales, que caen bajo de los sentidos; sino tambien á las mas abstractas y desasidas de la materia, y que son puramente intelectuales.

Supuestos estos principios, decimos que el alma es una substancia espiritual, principio de la vida del hombre y de todos sus pensamientos y conocimientos.

No pretendemos en este discurso refutar los sueños de muchos filósofos, que buscaron el origen del alma en unos absurdos sis-

temas; que formaron á su antojo. El Platónico suponía que las almas habían sido criadas desde el principio del mundo, y que despues por ciertos delitos que habían cometido habían sido encerradas en los cuerpos. El pitagórico, sentando tambien la creacion de las almas desde el principio del mundo, juzgó que desde su creacion fueron encerradas en unos cuerpos, en donde permanecian algun tiempo, y segun el modo con que se hubieran portado en los primeros, pasaban á otros de peor, ó mejor condicion, y esta es la que se ha llamado *transmigracion pitagórica*. Algunos decian que el alma era una partícula de la divinidad, y otros que de los padres pasaba á los hijos; en fin, varios errores ha habido sobre este punto mas dignos de desprecio que de una seria refutacion: ¿de qué modo podremos concebir que las almas criadas muchos siglos há ya separadas de los cuerpos, ó ya vagueando de un cuerpo á otro, hayan ejercido varias funciones, de las que no les haya quedado el menor recuerdo? ¿ó diremos que estuvieron largos años en un sueño ó letargo profundo? ¿Quién habrá que pueda concebir esto, ó que seriamente pueda asegurar, que se acuerda haber animado otro cuerpo, como aquel estravagante filósofo, que decia se acordaba haber animado á un plátano? *Apagat magas!* dejemos á esos filósofos divertirse con sus delirios.

Los que dicen que el alma es una par-

te de la substancia divina, ó de la misma alma de los padres, quedaran suficientemente refutados probada la espiritualidad del alma, porque careciendo de partes el espíritu jamas puede dividirse.

Para hacer ver, que ni la substancia pensante, ni sus propiedades pueden conformarse con las de la materia, eexamínemos el modo de obrar de esta y advertiremos que jamas puede encontrarse en ella el pensamiento.

Por este nombre de materia entendemos una substancia estensa, divisible, é inerte que no puede obrar sino por el movimiento que se le imprime, la figura y disposicion de sus partes: asi la luz que nos muestra y hace sensibles los objetos, no es sino una porcion de materia fina y delicada, que cayendo sobre los objetos reflecta de ellos á nuestros ojos y pinta la imagen del objeto de donde se hizo la reflexion de aquella materia sutil. El sonido no es otra cosa que un aire movido, que chocando sobre las partes del cuerpo que llamamos sonoro y recibiendo alli un movimiento de vibracion reflecta como elástico, toca los nervios de nuestro oido é imprime en el un estremecimiento, que produce el sonido. Los olores resultan de las partículas que se desprenden del cuerpo odorifero y tocando los órganos del olfato escitan la sensacion de olor; y la vegetacion es el efecto de la materia, que lleva la nutricion á todas las partes del cuerpo que vegeta circulando por todas ellas,

y aunque no podamos esplicar todas las particularidades que se observan en el admirable principio de la vegetacion; pero si sabemos que el movimiento y disposicion de las partes de la materia son los agentes poderosos de ella.

En todas estas operaciones de la materia encontramos una real divisibilidad, asi es que la luz no siempre es igual, y por esto no nos presenta los objetos de un mismo modo, pues ya los vemos con mucha claridad, ya en confuso y al través de las sombras: el sonido segun las distancias es mas, ó menos remiso; y en el olor, el gusto &c. observamos tambien crecimientos y disminuciones.

Comparemos las operaciones de la substancia pensante con las de la materia y conoceremos evidentemente que las de la una no pueden convenir á la otra.

Primera prueba: el alma piensa y sabe que piensa, reflexiona, juzga, compara, raciocinia, coloca y perfecciona sus raciocinios, ama y aborrece, delibera, toma consejo y pesa en la balanza de la razon los medios que conducen á un fin, que pretende conseguir, y escoge los que juzga mas acomodados á él.

Esta misma alma no limita sus pensamientos á las cosas materiales, que pueden afectar á los sentidos; sino que elevándose sobre todos los seres sensibles penetra una region desconocida á la materia y de objetos puramente intelectuales: en ellos nada encuen-

tra de estension, nada de divisibilidad, pues todo es simple sin alguna composicion material.

Todas estas son unas verdades que no admiten la menor duda y que una esperiencia constante enseña á todos los hombres, por poco que reflexionen en lo interior de su sentimiento, que estas operaciones carecen de toda estension y divisibilidad, lo podemos conocer evidentemente, sin necesidad de profundas meditaciones: un pensamiento, un juicio que afirma, ó niega, una inclinacion de la voluntad, una percepcion de un sér abstracto y separado de la materia &c. nada tienen en sí de material, y es imposible concebir que una combinacion de la materia, y la circulacion de algunos líquidos puedan producir estos efectos: se presentan á nuestras almas las ideas de un hombre, y de la bondad, comparamos la una con la otra, vemos que convienen entre sí, y formamos este juicio: este hombre es bueno, y conocida la bondad en el hombre la voluntad se inclina á amarlo: he aquí una serie de operaciones en las que nada se halla de estension ni divisibilidad: el alma percibió, comparó sus ideas, juzgó y amó ¿en cual de estas operaciones se encuentra la estension? ¿quien podrá asegurar, de buena fé, que el pensamiento, afirmacion, ó negacion son susceptibles de division, como lo es una línea, un círculo, ó un triángulo? si alguno dijera, yo concibo la mitad de un sí, ó un no, la ter-

cera, ó cuarta parte de un acto de la voluntad, y puedo con la imaginacion dividir un pensamiento, como se divide una masa ó un número, si alguno pues, dijera esto, ¿no se podría tener por un sér despreciable, que carecía de sentido comun?

Es pues cierto que estas operaciones de nuestra alma son inmateriales, de donde se sigue que la substancia, que las produce lo es tambien, porque ningun ente puede hacer lo que está sobre sus fuerzas, pues es un principio recibido generalmente, que la causa debe contener en sí al efecto, y como en la materia no hay sino cosas materiales, jamas puede contener en sí algunas que no lo sean.

Modifiquese la materia del modo que se quiera, mas nunca encontraremos en ella el pensamiento, y Loke, á quien Voltaire presenta siempre como el gran fautor del materialismo, dice «es imposible concebir que la materia pueda sacar de su seno el sentimiento, la percepcion y el conocimiento. Dividid la materia en cuantas partes os parezca, dadle todos los movimientos y figuras que os agrade, estas partes infinitamente pequeñas no obrarán de otro modo sobre un cuerpo de una magnitud que les sea proporcionada; que en uno de una pulgada, ó de un pie de diámetro, pueden chocar la una con la otra, es todo lo que pueden hacer y las pequeñas no tienen mas poder.” Luego si las partes grandes de materia no pueden producir el pensamiento,

¿por qué razón lo podrán producir las pequeñas? tan imposible es lo uno como lo otro, y según el mismo Loke está tan sobre las fuerzas del movimiento y la materia producir el pensamiento, como sobre las fuerzas de la nada producir la materia.

Segunda prueba. Nosotros podemos en un instante tener diferentes sensaciones, experimentar el calor del fuego, el olor y sabor de un fruto agradable, el placer de la música y la belleza de una hermosa pintura; comparar todas estas sensaciones, juzgar de todas ellas y escoger la que nos parezca mas agradable; luego hay en nosotros una substancia indivisible en donde se reciban estas sensaciones; porque si esto se hiciera en la materia organizada y divisible no podríamos tener en un mismo instante un vivo sentimiento de estas cosas, ni podríamos compararlas entre sí; porque si este es un efecto del movimiento de la materia, ¿podrá una partícula del cerebro recibir en un momento cinco movimientos diversos? esta partícula debe ser estensa como que es materia, y así, ó recibe el movimiento correspondiente á las cinco sensaciones en toda ella, ó en distintas partes; lo primero es imposible porque un cuerpo en su totalidad en un instante no puede moverse con distintas direcciones; y si el movimiento se hace en distintas partes, no puede haber comparación ni juicio, porque el movimiento de una parte, no puede saberlo la otra. La fuerza de

este argumento le parecia á Bayle de tanto peso, que decia »se puede asegurar, sin hipérbole, que esta es una demostracion tan segura como las de geometria.»

El mismo Bayle en su diccionario crítico, sobre las sensaciones hace este argumento »Si un cuerpo es capaz de dolor; cuando está colocado en los nervios, ó en el cerebro, será igualmente capaz del, en cualquier lugar que se encuentre: y si un átomo de aire está destituido de pensamiento, no puede ser capaz del, haciéndose lo que se llama espíritus animales, y todo lo que se quiera. Como un ser que no tiene presencia local no puede adquirirla, del mismo modo un ser no pensante, no puede hacerse pensante por una nueva situación. Por tanto es preciso negar que los cuerpos piensen, ó sostener que todos los cuerpos piensen. Supuesto que una porcion de huesos y nervios siente y raciocina, toda reunion de materia deberá igualmente sentir y raciocinar. La colocacion de los órganos reduciéndose á un movimiento local, si las partes organizadas no tienen el don de pensar antes de ser organizadas, ellas no lo tendran despues de su organizacion, que no es, sino una nueva posicion de estas partes....»

»Si el sentimiento es una propiedad de cierta porcion de materia, esta porcion no puede perder un sentimiento sin adquirir otro nuevo, así como un cuerpo no puede perder una figura sin adquirir otra: luego si una por-

cion de materia siente en un cuerpo viviente, sentirá tambien en un cadáver.”

No es respuesta bastanté decir, que el pensar y sentir es propio de la materia organizada y con un movimiento proporcionado, y que por esta razon no siente un cadáver ni toda la materia; porque la evidencia nos manifiesta, que la substancia que piensa es activa, que percibiendo los objetos, comparándolos, formando sus juicios &c. obra por su propia energia, y que sus operaciones no son el resultado de un movimiento, que se le imprime á una materia ciega y destituida de toda actividad. Sea el pensamiento el resultado de la materia y el movimiento, ¿qué se seguiria de esto? el alma necesariamente pensaria siempre de tal suerte que no tendria libertad para variar sus pensamientos, ni podria elegir una cosa dejando otra, pues en todo estaba sujeta á una mecánica combinacion, resultado necesario de la configuracion de las partes y de un movimiento tan ciego como ellas. Si nosotros quisieramos dirigir el pensamiento hacia un campo y contemplar allí las bellas producciones de la naturaleza, y el movimiento dispusiera á la materia de tal modo que de su combinacion resultara el pensamiento de una torre, ¿podria ser el campo objeto de nuestras contemplaciones? en nada mas pensariamos que en la torre; porque de lo contrario ya resultaria un efecto sin causa; porque ¿quien seria el agente que reglara nuestros pensa-

mientos al arbitrio de esa libertad que advertimos en nuestra alma? acaso un pensamiento anterior? ¿y á este quien? Si el movimiento y la materia destituidos de razon, repetimos el mismo argumento, y si un pensamiento inmaterial, este debe venir de una substancia inmaterial, y en este caso ya convenimos en que solo un ser espiritual puede arreglar el pensamiento ¿por qué pues, no diremos que este es nuestra alma, cuando la sana razon nos enseña esta verdad? ¿á qué fin reducir al número de las máquinas el noble principio, que nos anima habiendo dificultades, que jamas podran disolver los fautores de este sistema absurdo y despreciable? Doctores materialistas: no degradeis vuestro ser haciéndolo de igual condicion á las máquinas que obran necesariamente, y conformes al arreglo que el artifice les ha dado: escuchad la voz de vuestra razon, que clama en el fondo de vuestra alma y os dice, que teneis un principio del todo distinto del que mueve á un relox, ó hace girar á un planeta por una órbita fija é invariable: discurrid con mas cordura y advertid que vuestro sistema choca con el buen sentido, y con el modo de pensar de los sabios de todos los siglos.

Recorramos la historia y veamos que han juzgado los hombres, de la naturaleza del alma.

La espiritualidad del alma ha sido la

créncia universal del mundo y el testimonio constante que la humanidad ha dado de sí misma. Antes que hubiera filósofos ya las naciones creían este dogma, y los sofismas de Epicuro no fueron bastantes para destruirlo. Algunos filósofos pensaron, que el alma era material, pero sus opiniones absurdas, solo pueden probar la debilidad del espíritu humano, ó mas bien los estravios de un corazón corrompido que busca medios para entregarse libremente á sus pasiones, y le parecen adecuados, los que le ofrece el materialismo; pero jamas los votos del vicio han podido colocar á este error en el trono de la verdad y hacer que el universo todo se postre á rendirle adoracion. Los filósofos mas célebres de la antigüedad, aunque sumergidos en las sombras de la idolatría, dieron los testimonios mas brillantes de la espiritualidad del alma.

Platon en su diálogo, que tiene por título Phédon, ó del alma, dice, »no hay por que sorprenderse de que todo lo que es corporal y sensible esté sujeto á alteracion, y que no permanezca siempre en un mismo estado; las partes de que se compone se evaporan, se deshacen y disipan continuamente. Mas el alma es un sér simple, indivisible é inalterable.... Los sentidos pueden distraerla algunas veces y ser para ella una ocasion de error; mas ella puede entrar en sí misma y aplicarse al conocimiento de lo que es puro, eterno é inmortal.... El hombre que medita, concibe fa-

cilmente, que tiene mas semejanza con la belleza inteligible, inmutable y eterna, que con todas las otras cosas que pueden obrar sobre nuestros sentidos.”

Aristóteles discípulo de Platon se explica con la misma energía; estas son sus palabras, que encontramos citadas por Ciceron. »El pensamiento, la percepcion, el raciocinio, la inteligencia, los sentimientos, de amor y de odio, de inquietud y de gozo, de temor y de deseo, no pueden venir de ningun de los principios, de que son formadas todas las cosas corporales y sensibles. Es preciso admitir una substancia de una quinta especie del todo diferente de las otras: una substancia, que tenga en sí misma y por sí misma su fuerza y su actividad, y que puede producir estos actos de que son incapaces los principios materiales.”

Ciceron el génio mas grande que produjo la antigua Roma, aquel hombre que igualó á los sabios de la Grecia, y cuyos escritos han llegado hasta nuestros dias penetrando por muchas generaciones, sin perder nada de su merito inmortal; este ilustre filósofo, elocuente orador y decidido republicano, confunde victoriosamente á los insensatos que presentan sus dudas simuladas sobre la naturaleza del alma. »No se encuentra aquí abajo, (dice) que se pueda dar como principio y origen del alma; porque no hay en ella ni mez-

cla, ni composicion, ni nada que haya venido de la materia, ó que sea formado por la materia; nada que tenga de la naturaleza del agua, del ayre, ó el fuego, porque nada hay en todo esto que pueda dar nacimiento á la memoria, á la inteligencia y al pensamiento: nada que pueda recordar lo pasado, preveer lo porvenir y juzgar de lo presente; solo de Dios, pues, es de quien puede venir el alma. Ella es de una naturaleza del todo particular, puesto que es del todo diferente de las cosas que vemos y de que nos servimos. Nosotros no podemos concebir á la naturaleza divina sino como un ser simple y enteramente desprendido de toda composicion corruptible, y no podemos formar otra idea del alma del hombre...

» Vosotros me preguntais en donde está el alma, ó de que modo es, mas si yo no comprendo todo lo que yo quisiera, ¿me impediréis el deciros lo que concibo? El espíritu no tiene la vista intuitiva de sí mismo, y es como el ojo que todo lo vé y no se vé á sí mismo, mas él siente su fuerza, su penetracion, su memoria, su actividad y su accion. Ved hay lo que tiene de grande, de divino y de eterno.... Del mismo modo que vos no veis á Dios y le conocéis por sus obras, así sin vér á el alma podeis convenceros de su energia, por su memoria, por su penetracion, por la rapidéz de sus ideas y por la escelencia de sus facultades.... No podemos dudar si no es que seamos unos físicos estúpidos, que en el espí-

ritu nada hay compuesto, nada mezclado, nada doble, y por consiguiente, que ni puede ser separado, ni dividido, ó descompuesto, por lo que ni puede perecer, ni dejar de existir."

De este modo se esplica este romano ilustre confundiendo el materialismo, y Sócrates y Platon habian hecho lo mismo como consta por el testimonio del mismo Ciceron. ¿Acaso los filósofos de los siglos del cristianismo se han esplicado con mayor energia?

Pero los materialistas para fundar sus opiniones absurdas pretenden desacreditar á la antigüedad, queriendo hacerla de su partido. Nuestros padres, dicen, no tenian la idea del alma que los hombres de estos siglos, y la substancia inmaterial les era desconocida. *Animus*, ó *anima*, llamaban los romanos al principio que nos anima: y *psuche*, ó *pneuma*, los griegos, y por estos nombres solo se entiende el soplo ó la respiracion. Los filósofos que trataron de definir á el alma, ¿acaso tuvieron presente la inmaterialidad? Empedocles la llamaba una sangre sutil, Zenon ó Hiparco un fuego sutil, Anaximeas un aire puro, el músico y filósofo Aristoxenus la veía como una armonia, y Heráclito como una centella del fuego de los astros; en fin, eceptuado Platon y algun otro, todos juzgaron que el alma era de la naturaleza del cuerpo.

Así dicen los incrédulos y creen haber patentizado que el materialismo ha sido el